

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

NOSOTROS LOS MORTALES

Autor: Buenaventura Pérez Fernández.

Edición: Ayuntamiento de Guadix y CEP de Guadix, 1997, 414 pp.

INTERVENCIÓN DEL SR. ALCALDE
D. JOSÉ LUIS HERNÁNDEZ PÉREZ

Querido profesor Buenaventura Pérez Fernández. Queridos amigos:
Buenas tardes y bienvenidos a este acto de presentación del libro «Nosotros, Los Mortales».

Hoy 17 de mayo, mes de las flores, mes de la vida y en tarde espléndida, nos reunimos paradójicamente para hablar de la muerte, para reflexionar, en torno a este libro, del sentido de la vida, de la relación entre vida-muerte, incluso para cantarle a la muerte. Ciertamente el tema elegido no es de los más agradables, pero como el mismo profesor Buenaventura Pérez dice «la reflexión sobre la muerte no tiene necesariamente, por tanto, un efecto letal e insalubre, sino que más bien su efecto puede ser el aprovechamiento del instante; y, así, la muerte es el gran estímulo para vivir, un extraordinario acicate de la vida».

Aprovechemos el instante, este instante, para disfrutar de las palabras del magnífico escritor y gran persona que es Antonio Enrique y de Fray José María de Jesús Crucificado, ellos nos motivarán con su verbo fácil para que leamos esta gran obra y perdamos el miedo de la reflexión sobre el final de la vida, esta reflexión sobre la vida no debe ser pesimista porque, como dice el propio Buenaventura Pérez, la vida se nos ha dado como el regalo esencial, y quien se obsesiona con su carácter limitado es, de entrada un desagradecido.

Aprovechemos este instante para disfrutar escuchando a nuestros coros, que se han convertido en patrimonio cultural de Guadix y por supuesto orgullo de los accitanos, cómo, con sus notas musicales nos acercarán a esta meditación colectiva, en torno al tema que se va a tratar y el cual nos ha concentrado en este bello entorno del Palacio de Villalegre, nombre del Palacio también apropiado para la ocasión.

Quiero dar las gracias a todos los mortales que dejando sus muchas ocupaciones han decidido asistir a este acto, que se convierte en el bautizo y presentación en sociedad de este magnífico trabajo, de este magnífico libro.

«Nosotros, los mortales» queremos agradecer el esfuerzo y la sensibilidad de la dirección del Centro de Profesores de Guadix, que con su buen hacer han sido capaces de conseguir que este libro vea la vida y se haya podido publicar; ahora más que nunca me siento orgulloso de haber trabajado, de haber aportado mi pequeño grano de arena para que el CEP, el Centro de Profesores de Guadix no desaparezca, ni se traslade, e incluso se potencie para seguir con su cometido principal que no es otro que la mejor preparación que seguro percutirá positivamente en nuestra sociedad y en nuestra querida comarca.

Nosotros, los mortales, también queremos reconocer el enorme esfuerzo intelectual del profesor Buenaventura Pérez y agradecerle las numerosas horas dedicadas a este trabajo que hoy vemos reflejado a su vez en este gran libro; libro que pretende aportar materiales para la reflexión de las eternas preguntas ¿Quiénes somos y para qué vivimos? o ¿De dónde venimos y a dónde vamos?.

Al contrario de lo que pueda parecer, este libro contempla una visión optimista de la vida, es un canto a la vida, aprovechemos el momento, vivamos con intensidad.

Y aprovecho el momento, para homenajear a este hombre de letras de Guadix, con permiso de Alcudia, y para reconocer públicamente el mérito contraído a lo largo de sus numerosos años de enseñante logrando que sus alumnos le sigan recordando con admiración.

El profesor Buenaventura Pérez se ha convertido en el maestro del Instituto Padre Poveda y yo diría más, se ha convertido en el emblema, en la figura emblemática de dicho instituto.

Gracias a todos y a todas.



Buenaventura Pérez Fernández

INTERVENCIÓN DEL COORDINADOR DEL C.E.P. D. JUAN JOSÉ SERRANO

Distinguidas autoridades... Familiares y amigos de Ventura. Público en general ¡Buenas tardes!
Me vais a permitir que lea unas líneas que he preparado para este acto, pues aunque si bien se pierde en espontaneidad, se gana en tiempo y precisión.

Los Centros de Profesores en las comarcas de Andalucía son el punto de encuentro del profesorado, es el lugar donde se intercambian experiencias, se propicia la innovación educativa y la experimentación pedagógica.

El principal objetivo que tienen encomendado es la actualización científica, pedagógica y cultural del profesorado.

Pero antes de hacer un Plan de Formación hay que tener en cuenta qué tipo de profesor queremos, cual es el perfil de un buen profesor.

No es el momento de exponer las características que buscamos en ese buen docente, pero podemos estar de acuerdo en que el profesional de la educación ya sea reflexivo, innovador, investigador, implicado en los problemas que rodean el entorno del alumno o simplemente transmisor de conocimientos, debe perfeccionarse fundamentalmente en los siguientes aspectos:

Por un lado, debe de procurar su actualización científica, el constante avance de las ciencias hace que el docente tenga que actualizarse.

De la misma forma, su formación en pedagogía, psicología, didáctica debe estar al día por los distintos adelantos de estas disciplinas de la enseñanza.

Pero además un buen profesor para ser eficaz, debe tomar buenas decisiones en los momentos oportunos.

El Centro de Profesores de Guadix ha buscado siempre para ayudar a los demás compañeros en cualquiera de las formas de perfeccionamiento antes mencionadas, a profesores dentro de la misma comarca que estuvieran haciendo algún tipo de innovación o investigando sobre un tema con más interés. Además naturalmente del profesorado universitario y de los Servicios Educativos.

En este sentido muchos compañeros de la comarca han impartido cursos, seminarios, grupos de trabajo etc.

Otro de los objetivos que tiene encomendado el Centro de Profesores es la publicación y difusión de los trabajos de interés que su profesorado adscrito realiza y es justamente lo que en este momento estamos realizando. Pienso que el trabajo realizado por Ventura trasciende el ámbito puramente educativo y debe aprovecharse de este libro toda la sociedad.

El CEP, en los diez años de vida que tiene, ha hecho siete publicaciones de profesorado de la zona, que van desde Geografía e Historia con «Visitas e itinerarios didácticos de Guadix y comarca» hasta de lenguas clásicas con «La mitología en sus textos» pasando por Artes plásticas con «Estampación en el aula».

Hoy al aparecer este nuevo libro de Filosofía quiero agradecer el esfuerzo realizado para hacer este trabajo a Ventura, además de felicitarle por esta publicación.

INTERVENCIÓN DE FR. JOSÉ MARÍA DE JESÚS CRUCIFICADO.

En casa 22 años. Ermitaño 12 años, y no menos Fossor 44 años.

Rectificar es de sabios... «El hombre es un revoltillo de Alquimia en la Ruindad, de albóndigas o croquetas en la semejanza de Dios...»

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Amados hermanos y hermanas en Jesucristo nuestro Señor, que El sea siempre con todos Nosotros.

Estamos en la preparación del año 2.000 y quien mejor que El Divino Maestro nos enseñe a repetir con Teresa de Jesús ese dulce ¡Cabesi, Jesús Mío! ¡Cabesi! Junto a mí.

Pero no está por demás anteponer con la Madre la alegoría atribuida a Alonso Cano en la Catedral de Granada.

El regustillo o mejor dicho la alquimia del Amor de la Madre con el Hijo y del Hijo con la Madre, que está en el frontal de la derecha del Altar Mayor... Dándole la Madre el pecho a su hijo, pero en un momento dado el hijo, el pecho y el caño de su leche sigue su curso y se va a los labios (y boca) de San Bernardo. Que dicha de tanta gracia.

Pero la vista tiene que estar bien clara..., porque sino, no se ve bien, por estar un poco así de tinieblas... y así veladas.

El Justo vive de la Fe... y repitamos con el glorioso San Ignacio de Loyola «Que no el mucho saber harta y satisfacer el ánima, sino el sentir y el gustar y saborear las cosas internamente...»

El Justo vive de la Fe... y como bien dice el Siervo de Dios Miguel de Mañara (El Sevillano) Qué es morir ¡Dejamos las pasiones! Luego el vivir es una amarga muerte, luego el morir, es una dulce vida.

El Justo vive de la Fe... ¡Saborear y gustar! Alábrate Padre de mí, Señor Jesucristo porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes del mundo y se lo has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre porque así te ha complacido.

Quédate con nosotros, la tarde está cayendo ¿Cómo te mostraremos al declinar el día, si tu camino no es nuestro camino? Detente con Nosotros; la mesa está servida, caliente el pan y envejecido el vino.

El Justo vive de la Fe,

«En una noche oscura

con ansias en amores inflamada,

¡Oh, dichosa ventura!

Salí sin ser notada

Estando ya mi casa sosegada»

(San Juan de la Cruz)

Y terminamos con el glorioso Santo Tomás de Aquino...

«Cuanto el Hijo de Dios a dicho creo, pues no hay verdad cual la verdad Divina...»

Y también como bien decía un sabio contemporáneo que las faltas de Ortografía no alteran el contenido.

Pues la ciencia cualificada es que el hombre en Gracia acabe porque al fin de la jornada aquel que se salve sabe y el que no, no sabe nada...

Jardín de los que Duermen.

Guadix a 25 de Abril del Año del Señor de 1997, Festividad de San Marcos Evangelista.

INTERVENCIÓN DE ANTONO ENRIQUE

Breves son los días del hombre -dice el santo Job (cap. 14)-, pasan como flores y huyen como sombras; son nuestros días como las aguas de los ríos que nunca vuelven atrás y así son irre recuperables: pasaron, y con ellos nuestras obras. A lo que el Salmista añade: El hombre nace para trabajos; llorando entra en el mundo, en trabajos vive y con dolor muere; sus días florecerán como flor del campo: el sol la quema, el viento la seca, el agua la ahoga y el calor la marchita.

Pasados tres mil años de escritas estas palabras, ni avances ni acontecimientos han bastado a mover una sola coma, a trasladar una sola tilde de estas solemnes sentencias que son válidas para creyentes y no creyentes, ricos, pobres, sabios e ignorantes. Sólo es verdad que todo cuanto nace, tras un punto de declinación, desfallece y muere. Si pues has de morir, «cumple -nos dirá el poeta- tener buen tino para andar esta jornada sin errar». A un lado la vida, «casa de los locos y palacio del humo»; del otro, la muerte, «puerta de los siglos».

Ante nosotros comparece hoy un libro inusual, audaz, insólito, riguroso. El autor expresamente nos confía que no fue escrito a consecuencia de ninguna experiencia personal concreta, sino que obedece a un interés especulativo sobre el gran misterio de la vida, esa gran pregunta sin respuesta que es la muerte, acaso impulsado -y así nos lo deja entrever- por aquello que san Juan de la Cruz decía y es que «al atardecer, seremos examinados de amor». Así pues, el profesor Buena-

ventura, consciente de haber traspasado ya ese punto álgido, situado como el Dante impone «nel mezzo del cammin di nostra vita», y sintiendo ya las primeras ráfagas, heladoras pero serenas, de esa otoñada en que inexorablemente declina la existencia, nos entrega un libro, sólo un libro, lo más grande y verdadero que puede ofrecerse a los demás, en tiempos de confusión y fantasmagoría. Este libro puede ser mil cosas: de entrada es un ensayo filosófico, un texto científico, una tesis con vertientes sociológica y metafísica, una exégesis en suma de la historia del pensamiento occidental en torno a la muerte. Y yo sé, porque soy su amigo (me honro en ello) y porque hemos conversado con desesperación de amigos comunes miles de horas sobre algunos conceptos plasmados en estas páginas, que sin duda a nuestro amigo Buenaventura le gusta pensar así de su libro, al tiempo que como filósofo -aprendiz de filósofo- modestamente él diría de sí mismo. Es un filósofo, claro está, pero es algo más; como algo más, mucho más es su libro.

Es la memoria de su vida. De manera que esos días de cierzo y heladas, lluvias y calor a que el rey David aludía ser la vida del hombre, están aquí con carnal transparencia. Lo que por los libros ha sabido y lo que la vida le ha enseñado. Por esto, yo querría afirmar que ante todo éste es un libro de entrega, una ofrenda de afecto, un acto de amor. Un acto de amor donde se indaga sin concesiones sobre el destino que a todos nos une y es el misterio de la propia y mutua consunción; su mirada, por tanto, no es frontal a sus semejantes, sino envolvente: se trata de un «nosotros» que ubica en el centro de la conciencia colectiva el eje de todo su pensamiento. Unas veces admonitoriamente, otras veces con cierto velado énfasis, con templanza siempre, con elegante impasibilidad, se nos va introduciendo en este tema, que acertadamente se nos plantea como cuestión primordial, la materia pendiente de los afanes colectivos. Esto es, el problema. El rastreo que el profesor Buenaventura hace a través de la bibliografía es ingente y exhaustivo su esfuerzo por ceñirse a la autoridad de los exégetas: casi un monto de quinientas notas y escolios adorna el pie de las 412 páginas de que consta el libro. La conclusión nos es expuesta en su capítulo final, titulado «El sentido de la muerte en la vida humana», que se nos ofrece como epítome testimonial de todos sus trabajos, una pequeña obra maestra que se lee con fluidez y fruición para quienes aman esa aventura del pensamiento, ese malabarismo virtuoso de las ideas, ese sublime equilibrio entre sustancias y esencias que es el que- hacer filosófico.

Y es que existen preguntas tan enormes que el ser humano siente vértigo de formulárselas. Son fundamentalmente dos: «cuándo» y «cómo», porque luego viene el más terrible e insondable del «luego, qué». Por ese vértigo que en el fondo es pudor será que tendemos a hecernoslas en voz baja. Son las dos preguntas que, desde que el ser humano tiene conciencia, no ha dejado de planteárselas a lo largo de los siglos: ¿Cómo moriremos, cuándo? Y más aún: ¿por qué?... ¿En agonía o sin dolor? ¿De repente o tras un largo sufrimiento? ¿En compañía o en soledad?. Y la forma en que muramos, ¿será edificante o decepcionante para quienes en ese instante nos rodeen? ¿Será serenamente o con pavor, en estado de coma o de conformidad con uno mismo?. Y ¿cuáles serán esas últimas palabras? ¿Cuáles esas últimas palabras y sobre todo quién o quiénes las escucharán?

Molestas consideraciones, ofuscantes preguntas, turbadoras las respuestas cualquiera que éstas sean. Siempre ha sido así, pero ahora mucho más. Con sagaces observaciones, el doctor Fernández del Riesgo nos hace saber y avisa, en el prólogo del libro que nos ocupa, de que vivimos en una época en que la muerte es tabú; se ha tabuizado, tanto el concepto como las formas en que se nos presenta. Es -digámoslo ya- socialmente *incorrecta*. Es decir que todos cuantos aquí estamos somos culturalmente incorrectos por habernos reunido a hablar acerca de un tema así, en torno a un libro social, cultural y hasta políticamente incorrecto. Ya Ramón Gómez de la Serna, que vivió en una época que sirve de atrio a la nuestra, lo prevenía: «La muerte es un valor en crisis», a lo que agregaba: «Parece que hoy no hay muerte, tan sólo sepelios». Y así es que se la encubre, maquilla, escamotea. Y no nos referimos ya a las costumbres, que han de evolucionar como insertas en una época determinada. No es esto. Es que pareciera que el occiso no contara en realidad y se viviese en una huida permanente de lo inevitable: en una espiral paranoica del propio destino que tanto más se acelera cuanto que de ella se pretende escapar. Epicteto, aquel esclavo, al que hace dos mil años cupo vivir tiempos de disolución sintomáticamente parecidos a los nuestros, lo dejó escrito con singular penetración: « Lo que turba a los hombres -decía- no son las cosas en sí, sino la opinión que

sobre ellas se divulga; el mal es la opinión que se tiene de la muerte, no la muerte misma» (Enquiridión, X).

En este contexto obcecado, no existe una brizna de piedad para con uno mismo. Es, ante la muerte, como si hubiésemos dejado de amarnos a nosotros mismos y a los demás. Se pisotea, continuamente agrede un tránsito de la vida es inherente al devenir humano. Y mientras no se admita una condición, mientras se rechaza algo que es de cada cual, el ser humano no está completo, y quien no está completo no ama: ni se ama a sí ni puede amar a los demás. Esto reporta la escandalosa falta de serenidad ante ella. Y, paradójicamente, la imposibilidad de vivirla y hasta gozarla como un hecho propio, intrínseco de cada cual. Tal vez por ello nos recuerda el autor de este libro, en el epígrafe dedicado a don Miguel de Unamuno (y que me apresuro a constatar como una aportación bibliográficamente imprescindible a sus estudios generales), el apóstrofe dolorido del gran maestro: «¡que no me quiten mi propia muerte!». Esto es, por amor a la vida, no la despojen ni siquiera sea del sufrimiento. Por amor a la vida que hay en mí, no me libren de lo que está en ella, aunque sea su propia negación. Esto es orar y meditar, esto es trascender. La muerte, que también es mansa. Orar es hacer oír la voz que surge de nosotros, mientras que meditar, escuchar una voz que está fuera de nosotros. Para la imprecación unamuniana se precisa meditar y orar. Orar aunque sea al «dios desconocido». Y es que, como se lee en Jeremías (XII,II), «toda la tierra es desolación, por no haber quién medite».

A esta meditación acude el libro titulado *Nosotros, los mortales*, tomando la expresión del pensamiento helénico, el concepto «mortal» como signo definitivo del acontecer humano. Aquí en este libro se ausculta la muerte en toda su complejidad metafísica, al tiempo que se la dirime bien como condición humana, bien como naturaleza. Y se desarrollan las distintas tonalidades conceptuales a que da lugar, dentro de ese entramado biológico de las ideas, ese continuo deitético que es la filosofía, a lo largo de toda una vasta tradición que va de Platón y Aristóteles a Pablo de Tarso, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Descartes y Pascal, y un largo y glorioso etcétera, con estribo en Kierkegaard y Heidegger, y meritoria estación en Miguel de Unamuno, como estandarte de los grandes poetas -Hölderlin, Rilke- que le precedieron. Es así que a través de estos lumineros del pensamiento, y otros más modestos pero igualmente necesarios que constelan esa Vía Láctea del discurrir filosófico hacia los orígenes, la muerte se nos plantea en su exclusiva catalogación especulativa primero y trascendente después. No estamos ya en el «cuándo» y «cómo», sino en el «porqué».

Y el dictamen es bien tozudo y contundente: no sólo es un enigma lo que se halla tras de la muerte, sino la muerte misma; y en tanto que no posee justificación en sí misma ni en relación a la bondad divina, se establece a la luz teológica y ontológica su sinrazón, su absurdo inexorable, su monstruosidad inmanente. O lo que es lo mismo, la filosofía, que ha sido capaz de adentrarse en los misterios del tiempo y del espacio, indagar en el mecanismo insodable de la esencia y de la sustancia, de asomarse en fin a la espantosa grandeza de la naturaleza divina, no tiene una respuesta convincente sobre la muerte. Elías Canetti lo resume de modo tajante: «Me parece -dice- lo más inútil y maligno que ha habido nunca, la calamidad fundamental de cuanto existe, lo incomprensible, lo que jamás ha sido resuelto, el nudo en el que, desde siempre, todo se encuentra atado y cogido y que nadie se ha atrevido a cortar» (*La provincia del hombre*). Por esto será que en estas páginas de *Nosotros, los mortales* se percibe o he creído percibir un hálito de perplejidad y noble aturdimiento. El pensamiento, que es capaz de inflexionarse sobre sí mismo, esto es de pensarse, no puede sin embargo pensar en lo que precisamente es la ausencia radical de pensamiento. Pero es de esta imposibilidad de pensar en la ausencia de pensamiento que se adquiere la conciencia. Y es una sublime paradoja que de este fracaso provenga la facultad de raciocinio, gracias a la cual también somos humanos. De manera que ser mortal implica ser pensante, y ser pensante, ser humano. Es más, la conciencia de la muerte comporta dos de los atributos supremos del hombre: su individualidad en el propio contexto humano y su direrencia de todo ser vivo. Pues en el reino animal, a pesar de los presentimientos de la muerte y maravillosas excelencias de algunas de sus criaturas, tal como lo dejara expuesto fray Luis de Granada en su excelsa *Introducción al símbolo de la Fe*, quizás el tratado zoológico más hermoso nunca escrito, esa diferencia y esa individualidad están vedadas, si

acaso tan sólo sugeridas por una predisposición misteriosa.

Así que la victoria sobre la muerte sería ofuscantemente la posibilidad de acogerla, conforme aquello que Marco Aurelio enseñaba, y luego tantos clásicos estoicos reprodujeron: «como aguardas a cuando salga el niño del vientre de tu esposa, así tómate la hora en que tu alma escapará de esta envoltura» (Meditaciones, IX, 3). Todo induce a pensar, pues, que en esta encrucijada, sólo el amor desafía a la muerte, planteando la posibilidad de supervivencia trascendente.

Pero la muerte queda ahí, aherrrojada a la misma consistencia de la vida. La vida humana queda así supeditada permanentemente *sub specie mortis*, es decir con la muerte como único horizonte. Es una exasperación, un sinsentido. En el libro *Nosotros, los mortales* se nos sumerge en esta «biografía del silencio» que es la muerte y se concluye, rastreando uno de los capítulos más complejos del pensamiento religioso occidental, que, puesto que la muerte es incompatible con la bondad y el amor divinos, *algo* debió ocurrir para que se suspendiese esa misericordia infinita. Surge de este modo la concepción de la muerte como un paréntesis sombrío, como un interregno desolado en esa pulsión demiúrgica eterna que es el amor cósmico, por causa de la ofensa humana descrita en los primeros versículos del Génesis. Es Pablo de Tarso, aquél de la «espinas en la sangre» que le hacía revolverse en el polvo, éste que había imprecado a la muerte interpelado dónde está su victoria, quien a lo largo de sus epístolas a los Efesios vinculará a nuestro padre Adán toda la especie humana, hasta concluir con la sentencia que condenaría para siempre a la humanidad en el contexto de la enseñanza cristiana: «Por esta razón -dice en Romanos (5,12)-, es como por medio de un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto que todos pecaron». No obstante -prosigue Pablo-, Dios en su misericordia habría entregado a su propio Hijo para expiar la mancha de Adán y, por esto, «de gracia habéis sido salvados» (Efesios, 2,5.). De aquí que algunos padres de la Iglesia, con evidente exageración, bendijesen en un acceso de entusiasmo esa Caída adánica relatada en el Génesis si, como conjeturaban, supuso la venida del Hijo.

He aquí el germen de la cuestión, la semilla de la discordia, porque de Tertuliano, Clemente de Alejandría e Ireneo de Lyon, el concepto pasaría a Agustín de Hipona y de aquí a la Escolástica. La muerte hallaba su correlato justificativo dentro de la tradición primitiva. Y poco importa que se hubiesen manipulado -tal vez de manera involuntaria- textos rabínicos alusivos al origen del mal en el mundo, la noción «yéser ha-raa» (impulso del mal), que para los hebreos era inconsciente de cada individuo al nacer o ser concebido, pero no hereditario. Como tampoco que concepción tal de la muerte, fundada en la causa de la mancha original, abriese una brecha en el pensamiento racionalista posterior, ya que un bien absoluto -la bondad divina- no puede ser contingente. La simple presunción de un cese en esa pulsión de amor divino implica la duda de esa misericordia infinita, cuya es la esencia y sustancia de Dios Padre.

De manera que el no creyente en el dogma católico se ve abocado a dos únicas posibilidades: la muerte como cesación natural de toda conciencia, o bien la presunción de una vida sensorial distinta en otro estrato dimensional del ser. La primera, a su vez, incluye otras dos opciones: la moral senequista de la conformidad, esto es la muerte noblemente asumida como descanso, reposo, ley natural de la alternancia entre ser y no ser, o bien la muy otra de angustia existencial ante el acontecimiento irreparable, por fuerza traumático, de la interrupción de algo, la vida, que por el simple hecho de ser, pide la prolongación de su misma identidad. A la primera de estas posibilidades -cesación de toda conciencia, y conformidad metafísica para con ella- advendría, por ejemplo, el axioma aquel de Séneca: «ex quo natus es duceris» (se te lleva allí de donde veniste) o, más de acá del tiempo, la aseveración de Emmanuel Lévinas comentando a Heidegger: «Una persona inmortal es algo contradictorio en los términos» (*Dios, la muerte y el tiempo*). En cuanto a la segunda, los más antiguos y venerables textos -Vedas, Bardo Todol, libro tibetano de los muertos- nos previenen acerca de la inmovilidad del ser, fuera de sus apariencias: «Hay algo natural y perfecto se lee en el *Tao*- existente antes que el Cielo y la Tierra. Inmóvil e insodable permanece solo y sin modificación. Está en todas partes y nunca se agota...».

Ambas, no obstante, tropiezan con el mismo vértigo, la misma desazón y angustia, la misma trepidante congoja, que no es otra que el miedo instintivo, superior a todo consuelo, del derrumbam-

miento físico, del despedazamiento carnal. Y surge la gran pregunta: ¿Es que no pudo ser de otra manera? Es como el reo; confeso y conformado marcha hacia el patíbulo. Es de madrugada, es siempre de madrugada, quizás por aquello de que «a la tarde seremos examinados de amor». Es de madrugada y corre el frío ante el cadalso, pero también, de algún lugar, se filtra la vida por alguna tronera: el gorjeo de algún gorrión, la pálida fluencia de alguna flor en el patio, el titilar último de esa estrella que los pastores bien conocen. Está resignado el reo pero, por más que lo pensó y se avino, no puede caminar. Da un traspiés, las piernas se le doblan como cartón mojado. Es superior a él. Superior a él el último momento. No el penúltimo: el último. Y todo vuelve a comenzar. No nos resignamos. Hay algo, se oculta algo maléfico, instintivamente repulsivo en el tránsito al morir. Quizás la soledad absoluta, pues que siempre se muere en solitario; acaso el despiezamiento, el horror de ese viaje al hueso, a la esquirla, al cascabel de las vértebras que se derrumban.

Nada consuela aquí. Y el miedo hace niños a los más sabios, y es tal la indefensión que nos causa una piedad superior a la de cualquier desgracia en vida. Y poco da que el agonizante fuese cruel, fuese perverso. El ímpetu de la muerte, ese ciclón de hierro que nos cae encima, convierte a todos en niños ciegos que desconsolados van errantes en medio de la niebla, a través de unas ruinas.

El pavor a la muerte endémica, ese feroz caballo apocalíptico de la Peste, inspira esa otra pesadilla colectiva del Gran Juicio, a que corresponde ese magno poema medieval -el más bello escrito en latín durante un milenio- que es el *Dies Irae*: «Mors stupebit et natura / cum resurget creatura / judicanti responsura» (la muerte y la naturaleza quedarán estupefactas cuando resucite la criatura para responder al juez), «Oro supplex et acclinis / cor contritum quasi cinis: / gere curam mei finis» (pido suplicante y prosternado, con el corazón cubierto de ceniza: cuida de mí en mi fin). Durante muchos siglos se atribuyeron a Tomás de Celano estas majestuosas estrofas. De su propio tiempo él dice que «una luz bajada del cielo disipando la oscuridad de las tinieblas, las cuales de tal forma habían ocupado casi toda la tierra, que apenas se sabía a dónde íbamos a parar». Esta luz a la que el beatífico fraile alude no es otra que Francisco de Asís. Grande por muchos conceptos, pero, sobre todos, tal vez por haber creado el máximo oxímoron de la literatura universal: hermana muerte. ¡Hermana muerte!

No es la concepción cristiana de mundo y de la vida lógica en su más profunda entraña. Tal vez por ello sea una doctrina perdurable. El amor no es lógico porque trasciende la razón (como no era lógico en la parábola de «la hora undécima» que a los operarios de la viña que más habían trabajado se les pagase lo mismo que a los que se integraron a la labor más tarde). El amor, por tanto, trasciende a la razón porque es gratuito: no se puede medir, ni tasar, porque no es posible pedir su equivalente. Y el grado más alto del amor consiste en el beso al leproso. Besaba al leproso Francisco de Asís, al llamar a la muerte hermana. Y esta visión portentosa de la muerte como hermana incluye otra alta noción de sabiduría: el reconocimiento de la muerte como proceso metabólico exacto y acelerado. También aquí hay un orden, regresivo en este caso, donde aceptar, por monstruosas que las apariencias sean, la misericordia divina.

Este sería un nuevo -y viejo, por olvidado- modo de contemplar y meditar sobre la muerte. Es la muerte «más transparente que la vida», como proponía Cioran, o «el feliz río que pasando queda», que escribiera el poeta Jorge Guillén. Sería entonces que, asociada a la inmortalidad, pudiéramos mirarla con los ojos abiertos, como pedía Rilke o Marguerite Yourcenar en boca del emperador Adriano. Sería, en fin, la *bona mors* de la que hablan los místicos, en la que el espasmo último coincide con el beso entrega de una vida ofrendada al servicio de una causa noble. Porque como los antiguos caballeros de la égida áurica del Grial decían, y se hacían grabar en la hoja de sus espadas: «Sólo sirviendo a los demás, eres libre». Sería, en definitiva, ese «anillo del tiempo que se había cerrado... y la nada llenó el vacío», como Hermann Broch asimismo pone en boca de Virgilio.

Ciertamente el hombre que por la edad va inclinando el torso, y camina como si sobre la espalda soportara la pesadumbre que deja el haber vivido, es como si fuese buscando él solo la tierra que ha de sepultarle. Pareciera entonces que el ser humano, que nace desnudo y solo, en la única desnudez y la soledad última de los huesos se amparase, tras esa erosión permanente que es vivir, soñar y amar. Por no hacer mudanza en la costumbre: por no hacer mudanza en la costumbre, «cubre de nieve la hermosa cumbre». Es «la edad ligera», cabal trasunto de la vida, ya mencionada

en el Libro de Job y que en los siglos vuelve, porque las ideas son ondulatorias como la energía, en ese grito desesperado por aferrarse a la belleza que es el «carpe diem». Franz Kafka, quien tal vez nunca leyera a Garcilaso, dirá más adelante que «el arte es relación con la muerte» y que «lo mejor que he escrito se funda en esta actitud de poder morir contento». Dice «contento», no ya alegre. Pero algo hay que nos arrastra hacia el suelo buscando la tierra que nos ha de cubrir, como si de abajo algo nos llamara, nos estuviera seduciendo, como si lo que es tierra no estuviese en paz hasta fundirse con la tierra. En ello incide el Barroco, en ese *algo* oscuro de la condición humana de que hablan los grandes libros fundacionales de religiones, porque el Barroco, tras esa amanecida humanista, va a suponer la caída del «carpe diem», de incalculables consecuencias en el devenir de la cultura. Así pues, indagando en el desconsuelo se alza el vuelo, en tanto que nombrándola -nombrando a la muerte-, el Barroco, primera de las opciones estéticas española, la conjura, la renuncia de algún modo. La conjura afrontándola, situando una lupa sobre su más descarnada realidad. El libro *Nosotros, los mortales* también la conjura mediante este proceso catártico de fijación y desvelamiento, y es por ello una intrínseca llamada a vivir la vida con la intensidad que da el dominio de la conciencia y la dignidad humanas. Esta sería, a mi entender, su más perdurable enseñanza.

Terminamos ya. Ante nosotros comparece un libro nuevo, valiente en el tema, profundo en sus contenidos, depurado y pulido en todos sus pormenores. Su autor no escamoteó un solo esfuerzo; muchas noches la lámpara de su estudio se mantuvo encendida a la busca de todo aquello que no se ofreciese como firme y veraz al conocimiento más exigente. Reparemos ahora en la portada. Una enigmática figura nos sale al paso, sobre el blanco del fondo y bajo el rojo magenta de los caracteres. Blanco es el color de la resurrección, al tiempo que el rojo -ese rojo alquímico del Ticiano o el Greco- lo es de las criaturas que han hallado ya la inmortalidad de una «vida más cierta». Esa enigmática figura, como una esfinge, nos mira tras las veladuras de un misterio inasible. Nos mira a cada cual; es un hombre o una mujer, somos, de alguna forma, todos en él o ella. En esta figura se encarna nuestro destino. La figura, bella y terrible como ángel de las sepulturas, como ángel que toma su luz sombría de las propias sepulturas, mueve un brazo para ofrecer la rosa del conocimiento. Todo conocimiento se marchita, y el amor, de que fue su símbolo por mil años, también perece.

Pero esa figura ha alcanzado la paz y por eso porta en su cabeza la diadema de los inmortales. Está callada, callada por toda la eternidad, pero puedes alzar sus velos; sus velos en la noche de la tumba, que está en medio del valle de las lágrimas. Miguel Angel Buonarroti, que talló muchas de estas efigies, en un soneto dedicado a su joven amigo Francisco Bracci, invoca lo que pudo haber bajo unas veladuras semejantes: «A pena prima aperti gli vidd'io / i suo begli acchi in questa fragil vita, / che, chiusi el dí dell'ultima partita, / gli aperse in cielo a contemplare a Dio» (Apenas yo le vi sus bellos ojos despertándose en esta frágil vida, cuando oscuros en su última partida a Dios contemplan ya de nuevo abiertos). Son los ojos abiertos a una nueva realdiad, lo que ocultan esos velos del misterio. Y esos ojos han de estar cubiertos, porque mientras vivamos su luz, su fulgor esplendente, es superior a toda mirada. Por esto ha de cubrir sus ojos. Y no importa que se dude. El propio Juan Jacobo Rousseau lo dejó claro, candorosamente si se quiere: «No, he sufrido demasiado -nos dice- en esta vida para no esperar otra. Todas las sutilezas de la metafísica no me harán dudar ni un instante de la inmortalidad del alma y de una Providencia bienhechora. La siento, creo en ella, la deseo, la espero, la defenderé hasta mi último suspiro; y esta será de todas las disputas que he sostenido la única en la que no voy a olvidar mi interés» (*Lettre sur la Providence*). No importa que se dude, pues, si se la desea y espera. A deseársela y no temerla, a esperarla y no rehuirla nos convida *Nosotros, los mortales*, para que inmortales seamos algún día, cuando nos llegue nuestra hora, en la paz que a todos aguarda.